

Dante escribe, está alucinado, y sus gritos de angustia, sus arrobamientos y el tropel de sus fantasmas infernales ó místicos nos transportan con él al mundo invisible que describe. Sólo el éxtasis hace visibles y creíbles los objetos del éxtasis. Si nos contáis las proezas de Dios como las de Cromwell, en tono grave y sostenido, no vemos á Dios, y, como él constituye toda vuestra obra, no vemos nada. Juzgamos que habéis aceptado una tradición, que la adornáis con ficciones pensadas, que sois un predicador, no un profeta, un decorador, no un poeta. Descubrimos que cantáis á Dios como le reza el vulgo, con arreglo á una fórmula aprendida, no por un impulso espontáneo. Cambiad de estilo, ó mejor, si podéis, cambiad de emoción. Tratad de suscitar en vos mismo la antigua exaltación de los salmistas y de los Apóstoles, de rehacer la divina leyenda, de volver á sentir la conmoción sublime por cuya virtud ve á Dios el espíritu inspirado y desorganizado; en el mismo instante el gran verso lírico fluirá cargado de magnificencias; nosotros, por nuestra parte, alterados de esa suerte, no examinaremos si quien habla es Adán ó el Mesías; no exigiremos que los personajes reales estén contruidos por la mano de un psicólogo; no nos preocuparemos de la puerilidad ó rareza de sus acciones; estaremos fuera de nosotros mismos, participaremos de vuestro desvario creador; nos veremos arrollados por el torrente de las imágenes temerarias ó levantados por el hacinamiento de las metáforas gigantescas; nos sentiremos agitados como Esquilo, cuando su Prometeo, víctima de la fulminación celeste, oye el universal concierto de los ríos, de los mares, de los bosques y de las criaturas que le lloran; como David ante Jehovah, «que arrastra mil años como un torrente de

agua, para quien las edades son una hierba florida á la mañana y seca á la tarde».

Pero el siglo de la inspiración metafísica, deslizado hacia mucho tiempo, no había reaparecido aún. Dante desaparecía á gran distancia en el pasado; Goethe permanecía á gran distancia en el porvenir. No se columbraba aún el Fausto panteísta, y la vaga naturaleza que abisma los seres fugitivos en su profundo seno; no se percibía ya el paraíso místico y el inmortal amor cuya luz ideal baña las almas redimidas. El protestantismo no había alterado ni renovado la naturaleza divina; conservador del símbolo admitido y de la antigua leyenda, no había transformado más que la disciplina eclesiástica y el dogma de la gracia. No había llamado al cristiano más que á la salvación personal y á la libertad laica. Sólo había refundido el hombre, rehacer á Dios. Lo que podía producir no era una epopeya divina, sino una epopeya humana. Lo que podía cantar no eran los combates y las obras del Señor, sino las tentaciones y la salvación del alma. En tiempo de Cristo brotaban los poemas cosmogónicos; en tiempo de Milton brotaban las confesiones psicológicas. En tiempo de Cristo cada imaginación producía una jerarquía de seres sobrenaturales y una historia del mundo; en tiempo de Milton cada corazón refería la serie de sus estremecimientos y la historia de la gracia. La erudición y la reflexión empeñaron á Milton en un poema metafísico que no era de su siglo, mientras que la inspiración y la ignorancia revelaban á Bunyan el relato psicológico que cuadraba á su siglo, y el genio del gran hombre resultó más débil que la sencillez del calderero.

Es que su poema, habiendo suprimido la ilusión lírica, deja abierta la puerta al examen crítico. Libres

de entusiasmo, juzgamos sus personajes; exigimos que sean vivos, reales, completos, consecuentes, como los de una novela ó de un drama. No escuchando ya odas, queremos ver almas y objetos: pedimos que Eva y Adán obren y sientan conforme á su naturaleza primitiva, que Dios, Satán y el Mesías obren y sientan en conformidad con su naturaleza sobrehumana. Para tal obra, apenas bastaría Shakspeare; Milton, lógico y razonador, sucumbe. Hace discursos correctos, solemnes, y no hace nada más; sus personajes son arengas, y en sus sentimientos no se ve más que un cúmulo de puerilidades y de contradicciones.

¡Eva y Adán, la primera pareja! Me acerco, y creo encontrar la Eva y el Adán de Rafael, imitados por Milton, dicen los biógrafos: soberbios niños vigorosos y voluptuosos, desnudos en plena luz, inmóviles y ocupados ante los grandes paisajes, con la mirada vaga y reluciente, sin más pensamiento que el toro ó la yegua echados sobre la hierba junto á ellos. Escucho, y oigo un matrimonio inglés, dos razonadores del tiempo, el coronel Hutchinson y su esposa. ¡Gran Dios! Vestidlos corriendo. Personas tan cultas hubiesen inventado ante todo los calzones y el pudor. ¡Qué diálogos! Disertaciones que acaban en agasajos, sermones recíprocos que concluyen por reverencias. ¡Qué reverencias! Cumplidos filosóficos y sonrisas morales. «Yo cedi (dice Eva), y desde entonces comprendo cuánto sobrepujan á la belleza la gracia viril y la sabiduría, que es lo único verdaderamente bello.» Querido y sabio poeta, vos os hubieseis quedado satisfecho si alguna de vuestras tres mujeres, buena escolar, os hubiese recitado á guisa de conclusión esa sólida máxima teórica. Ellas os la han recitado; he aquí una escena de vuestro hogar doméstico: «Así habló la ma-

dre del género humano, y con miradas llenas de un atractivo conyugal irreprochable, se apoya en él con dulce abandono, medio abrazando á nuestro primer padre; Adán, extasiado con su belleza y sus rendidos hechizos, sonríe con digno amor y estampó un puro beso en sus labios de matrona (1)». Ese Adán ha pasado por Inglaterra antes de entrar en el paraíso terrestre. Allí ha aprendido la *respectability* y ha estudiado la retahíla moral. Escuchemos á ese hombre que no ha gustado aún el árbol de la ciencia. Un bachiller, en su discurso de recepción, no pronunciaría mejor y más noblemente mayor número de sentencias hueras. «Bella compañera, la hora de la noche y el retiro de todas las criaturas entregadas ahora al sueño nos invitan á ir en busca de reposo semejante, puesto que Dios ha establecido para el hombre la alternativa del trabajo y el descanso, como del día y la noche, y el rocío oportuno del sueño, con su dulce y adormecedora pesadez, cierra al presente mis párpados. Las demás criaturas, ociosas todo el día, tienen menos necesidad de reposo. El hombre tiene asignado su trabajo diario de cuerpo y de pensamiento, que declara su dignidad y la atención del cielo á todas sus vías, mientras que los restantes seres vagan desocupados sin que Dios les pida cuenta de sus acciones (2).» ¡Utilísima y excelente exhortación puritana! Eso es lo que se llama virtud y moral inglesas, y cada familia podrá leerlo por la noche á sus hijos á guisa de Biblia. Adán es el verdadero jefe de familia, elector, miembro de la Cámara de los Comunes, antiguo estudiante de Oxford, á quien su mujer consulta en caso preciso,

(1) Lib. IV.

(2) *Ibid.*

y que confió á su compañera con mano prudente las soluciones científicas de que está necesitada.

Esta noche, verbigracia, la pobrecilla ha tenido un mal sueño, y Adán, calando birrete, la administra esta docta poción psicológica: «Sábetes que en el alma hay muchas facultades inferiores que sirven á la razón como su soberana. Entre ellas desempeña el principal oficio la imaginación, la cual, con todas las cosas exteriores que los sentidos representan, crea formas aéreas que la razón junta ó separa para componer todo lo que afirmamos ó negamos. A menudo, en su ausencia, la imaginación imitadora trata de remedarla; pero, reuniendo mal esas formas, no producir con frecuencia más que una obra incoherente, sobre todo en sueños, merced á una rara mezcla de palabras y acciones presentes ó pasadas (1).» Hay aquí de sobra para que vuelva á dormirse la pobre Eva. Su marido, viendo ese efecto, añade á fuer de casuista acreditado: «No estés triste; el mal puede entrar y pasar por el espíritu de Dios y del hombre sin su aprobación, y sin dejar ninguna mancha ni falta detrás de sí.» Se está viendo al esposo protestante, confesor de su mujer. Al día siguiente llega un ángel de visita. Adán dice á Eva que vaya en busca de provisiones; ella discute un instante la composición de la comida, como buena ama de casa, un poco orgullosa de su hacienda. El ángel «confesará que Dios ha derramado sus larguezas en la tierra tanto como en el cielo». Véase este amable celo de una lady hospitalaria. «Marcha presurosa con miradas diligentes. ¿Cómo hacer la elección más delicada? ¿Con qué orden bien estudiado para evitar la confusión de los

(1) Lib. v.

gustos, para no combinarlos mal, para que los sabores se sucedan unos á otros realizándose por el más feliz contraste?» Fabrica vino dulce, sidra, cremas; esparce debajo de la mesa hojas y flores. ¡Excelente mujer de su casa! ¡Y cuántos votos ganará entre los *squirres* rurales, cuando Adán presente su candidatura para el Parlamento! Adán es de la oposición, whig, puritano. «Sale á recibir al ángel sin otro cortejo que sus propias perfecciones, llevando en sí mismo toda su corte, más solemne que la enojosa pompa de los príncipes, con la larga fila de sus soberbios caballos y de su servidumbre recargada de oro.» El poema épico se trueca en un poema político, y vamos á oír un epigrama contra el poder. Las saluciones son un poco largas; afortunadamente, como los manjares son crudos, «no hay miedo de que se enfríe la comida». El ángel, aunque etéreo, come como un labriego de Lincolnshire, «no en apariencia ni vaporosamente, según la glosa vulgar de los teólogos, sino con la prisa de un hambre real y con el calor digestivo necesario para asimilarse el alimento. Lo superfluo transpira fácilmente al través de su sustancia espiritual». Eva escucha en la mesa las historias del ángel; luego á los postres, cuando se va á hablar de política, se marcha discretamente. Las señoras inglesas aprenderán con su ejemplo á reconocer en la cara de su marido «cuándo va á abordar abstrusos pensamientos». Su sexo no se remonta á tanto. Una mujer juiciosa «prefiere las explicaciones de su marido» á las explicaciones de un extraño. En el interin Adán escucha un pequeño curso de astronomía; acaba por afirmar, como inglés práctico, «que la primera sabiduría es conocer los objetos que nos rodean en la vida diaria; que lo demás es vano humo, pura extravagancia».

cia, y nos hace inexpertos é ineptos para las cosas que más nos importan (1)».

Cuando se va el ángel, Eva, descontenta de su huerto, quiere hacer reformas, y propone á su marido trabajar los dos, ella por una parte, él por otra. «Eva (dice Adán con una sonrisa de aprobación), nada sienta mejor en una mujer que pensar en las cosas de la casa é inducir á su marido á ser un buen trabajo (2).» Pero teme por ella, y quisiera tenerla junto á sí. Eva se rebela con una puntita de vanidad altiva, como una joven miss á quien no se quisiese dejar salir sola. Vence, parte y come la manzana. En ese momento caen sobre el lector los discursos interminables, tan numerosos y tan fríos como duchas de lluvia en invierno. Las arengas del Parlamento *purgado* por Cromwell no son más pesadas. La serpiente seduce á Eva con una cáfila de entimemas dignos del escrupuloso Chillingworth, y á aquella pobre cabeza se le sube el humo silogístico. «La prohibición de Dios (se dice) recomienda más este fruto, puesto que da á entender el bien que él comunica y nuestra necesidad: porque un bien que no se conoce no se posee, ó, si se posee sin conocerle aún, es como si no se poseyera. *Tales prohibiciones no obligan.*» Eva sale de Oxford, ha aprendido la ley en las posadas del Temple, y lleva, como su marido, el birrete de doctor.

El flujo de las disertaciones no se detiene; desde el paraíso sube al empyreo: ni el cielo, ni la tierra, ni el infierno mismo bastarán para reprimirle.

De todos los personajes que el hombre puede poner en escena, Dios es el más bello. Las cosmogonías de

(1) Lib. VIII.

(2) Lib. IX.

los pueblos son poemas sublimes, y el genio de los artistas no alcance su ápice más que cuando se ve sostenido por tales concepciones. Los poemas sagrados de los indos, las profecías de la Biblia, el Edda, el Olimpo de Hesíodo y de Homero, las visiones de Dante son radiantes flores donde brilla concentrada una civilización entera, y toda emoción desaparece ante la sensación fulminante por cuya virtud han brotado de lo más profundo de nuestro corazón. Por lo mismo, nada más triste que la degradación de esas nobles ideas sometidas á la regularidad de las fórmulas y á la disciplina del culto popular. Nada más pequeño que un Dios rebajado hasta reducirse á un rey y un hombre; nada más feo que el Jehová hebraico, definido por la pedantería teológica, regido en sus acciones con sujeción al último manual del dogma, petrificado por la independencia literal, rotulado como un objeto venerable en un museo de antigüedades.

El Jehová de Milton es un rey grave y aparatoso, sobre poco más ó menos como Carlos I. La primera vez que aparece, en el tercer libro, se halla en consejo, y expone un asunto. Por el estilo, se está viendo su lujoso atavío, su barba en punta por Van Dyck, su sillón de terciopelo y su dosel dorado. Se trata de una ley que da malos resultados, y respecto de la cual quiere justificar á su gobierno. Adán va á comer la manzana: ¿por qué haber expuesto á Adán á la tentación? El orador regio diserta y demuestra. «Adán es capaz de sostenerse, aunque libre de caer. Así he creado á todos los poderes etéreos, á todos los espíritus, á los que se han sostenido y á los que han caído. Libremente se han sostenido los unos, libremente han caído los otros. Sin esa libertad, ¿qué prueba sincera hubiesen podido dar de su verdadera obediencia, de su

constante fe, de su amor, si no se hubiesen visto en ellos más que acciones forzadas y no acciones queridas? ¿Qué elogio hubieran podido recibir? ¿Qué placer me hubiera proporcionado una obediencia así tributada, si la voluntad y la razón (la razón es también elección), vanas é inútiles, privadas una y otra de libertad, hubiesen servido á la necesidad y no á mí?

Los he creado, pues, como pedía la equidad, y no pueden acusar justamente á su creador, ni á su naturaleza, ni á su destino, como si la predestinación dominase su voluntad fijada por un decreto absoluto ó por una presciencia superior; ellos mismos han decretado su propia rebeldía, no yo. Si yo la he previsto, la presciencia no influye para nada en su falta, que no prevista, no hubiese sido menos cierta... Así, sin el menor impulso, sin la menor apariencia de fatalidad, pecan, á fuer de autores, en todo, así cuando juzgan como cuando eligen (1).» El lector moderno no es tan paciente como los tronos, los serafines y las dominaciones; por eso interrumpo á la mitad del camino la arenga regia. Se ve que el Jehová de Milton es hijo del teólogo Jacobo I, muy versado en las disputas de los arminianos y de los gomaristas, muy hábil en el *distinguo*, y por encima de todo incomparablemente enojoso. Su hijo, el príncipe de Gales, le contesta respetuosamente en el mismo estilo. Al lado del Dios de Gøthe, semi-abstracción, semi-leyenda, fuente de oráculos serenos, visión entrevista sobre una pirámide de estrofas extáticas (2), ¡cuánto desmerece este Dios hombre de negocios, hombre de escuela y de aparato! Le hago demasiado honor concediéndole esos títulos.

(1) Lib. III.

(2) Fin del segundo *Fausto*.—Prólogo en el cielo.

Otro peor merece cuando manda á Rafael á advertir á Adán que Satán quiere su daño. «Que lo sepa (dice); no sea que, faltando voluntariamente, se disculpe con la sorpresa, por no haber sido avisado y prevenido(1).» Ese Dios no es más que un maestro de escuela que, previendo el solecismo de su discípulo, le recuerda de antemano la regla gramatical para tener el placer de reprenderle sin discusión. Además, como buen político, tenía un segundo motivo, el mismo que para sus ángeles; era «por pompa, á título de rey supremo, para acompañar sus altos decretos y acostumbrarnos á obedecer prontamente (2)». Se ve lo que es el cielo de Milton: un Whitehall de lujosa servidumbre. Los ángeles son músicos de capilla que tienen por oficio entonar cantatas sobre el rey y delante del rey, «que conservan su puesto mientras dura su obediencia», que se relevan para cantar toda la noche en torno del trono soberano. ¡Qué vida la de ese pobre rey! ¡Y qué cruel destino tener que sufrir durante toda la eternidad sus propias alabanzas!

Para distraerse, el Dios de Milton se decide á coronar rey, *king-partner*, si se quiere, á su hijo. Léase el pasaje, y dígame si no se trata de una ceremonia del tiempo. Todas las tropas están sobre las armas, cada cual en su puesto, «llevando blasonados en sus estandartes actos de celo y de fidelidad», la captura, sin duda, de un buque holandés, la derrota de los españoles en las Dunas. El rey presenta á su hijo, «le unge», le declara «su vicegerente». «Que todas las rodillas se doblen ante él; quienquiera que le desobedezca me desobedece», y en el mismo día es expulsado del palacio.—«Todo el mundo parecía satisfecho, pero no lo

(1) Lib. V.

(2) Lib. VIII.

estaba todo el mundo (1).» Sin embargo, «el día se pasó cantando y bailando, tras lo cual vino una dulce comida». Milton describe las mesas, los manjares, el vino, las copas. Es una fiesta popular; deploro de ver allí los fuegos artificiales y no oír repicar las campanas como en Londres, y me figuro que se brindaría á la salud del nuevo rey. En esto deserta Satán: se lleva sus tropas al otro extremo del país, como Lambert ó Monk, «á los cuarteles del Norte», probablemente á Escocia, atravesando regiones bien administradas, «imperios» con sus sherifes y sus lores tenientes. El cielo está dividido como una buena carta geográfica. Satán diserta ante sus oficiales contra la majestad, lucha en un torneo de arengas contra Abdiel, buen realista que refuta «sus argumentos blasfemos» y va á unirse con su príncipe en Oxford. El rebelde, bien armado, se pone en marcha con sus lanceros y sus artilleros para atacar la plaza fuerte de Dios. Los dos partidos se acuchillan, se cañonean, se anonadan uno á otro con razonamientos políticos. Esos tristes ángeles tienen tan disciplinado el espíritu como los miembros: han pasado su juventud en la escuela del silogismo y en la escuela de pelotón. Satán tiene palabras de predicador: «Dios ha errado (dice); por consecuencia, aunque hasta aquí le hemos juzgado omnisciente, no es infalible en el conocimiento del porvenir.»

Tiene palabras de cabo instructor: «¡Vanguardia, abran el frente á la derecha y á la izquierda!» Se entretiene en juegos de vocablos tan desgraciados como los de un Harrison, antiguo carnicero hecho oficial. ¡Qué cielo! Es para hacer aborrecer el paraíso; tanto valdría entrar en el cuerpo de lacayos de Carlos I ó

(1) Lib. V.

en el cuerpo de coraceros de Cromwell. Se encuentran allí órdenes del día, una jerarquía, una sumisión exacta, servidumbres, disputas, ceremonias reguladas, una etiqueta, armas bruñidas, arsenales, depósitos de carros y de municiones. ¿Valía la pena abandonar la tierra para encontrar allá arriba la carretería, la albañilería, la artillería, el manual administrativo, el arte de saludar y el almanaque real? ¿Son esas «las cosas que los ojos no han visto, que los oídos no han escuchado, que no ha soñado el corazón»? ¡Qué distancia media de esa prendería monárquica (1) á las apariciones de Dante, á las almas que flotan entre cantos como estrellas, á los resplandores que se confunden, á las rosas místicas que irradian y desaparecen en la extensión azul, al mundo impalpable donde se aniquilan todas las leyes de la vida terrena, insondable abismo cruzado por visiones fugitivas, semejantes á las doradas abejas que se eclipsan en los rayos del profundo sol! ¿No es esa una señal del amortiguamiento de la fantasía, del comienzo de la prosa, del nacimiento del genio práctico que sustituye la metafísica por la moral? ¡Qué caída! Para medirla, vuélvase á leer un verdadero poema cristiano, el Apocalipsis. Copio diez líneas; júzguese lo que se ha hecho de él en manos del imitador:

«Entonces me volví para ver de dónde venía la voz que me hablaba, y, al volverme, vi siete candeleros de oro.

(1) Cuando Rafael baja á la tierra, los ángeles que están de centinelas alrededor del paraíso le presentan las armas.

La nota desagradable y saliente de este paraíso es que en él el motor universal es la obediencia, mientras que en Dante es el amor.